

Deseo

Liam O'Flaherty

colección notraslatitudes

Deseo

Liam O'Flaherty

Traducción de
Antonio Rivero Taravillo

Nórdicalibros
2012

Título original: *Dúil*

El editor reconoce la ayuda económica recibida para la traducción de Ireland Literature Exchange (translation fund), Dublin, Ireland
www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

© Publicado originalmente en irlandés. Obra publicada con autorización de Cló Iar-Chonnacht, Indreabhán, Co. na Gaillimhe, Ireland

© De la traducción: Antonio Rivero Taravillo

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Fuerte de Navidad 11, 1º B - CP: 28044 Madrid
Tlf: (+34) 91 509 25 35 - info@nordicalibros.com
www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: marzo de 2012

ISBN: 978-84-92683-94-9

Depósito Legal: M-10707-2012

BIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*
Imprenta Kadmos (Salamanca)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Juan Marqués y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

DESEO

Un niño se hallaba jugando con un sonajero sobre la alfombra junto a la silla en la que estaba sentada su madre, leyendo un libro. Soltaba un gritito de alegría cada vez que oía el sonido musical que salía del instrumento al agitarlo. Después, el sonajero cayó de sus manos. Pasó unos segundos deslizándose y dando vueltas por todo el suelo. El niño cayó sobre su vientre cuando se estiró para coger aquella cosita deliciosa.

El repentino contacto con la dureza del suelo le dio ganas de emitir un chillido. No era el dolor que sentía la única causa de sus ganas de chillar. Un instinto natural le impulsaba a llamar violentamente a su madre cuando tenía necesidad de ayuda. Pero aunque abrió la boca, al final no dejó salir el berrido. En este punto, tendido sobre su vientre y con la cabeza en alto, vio una cosa maravillosa que le infló de alegría los rechonchos mofletes.

Un rayo de sol se extendía por el suelo a unos diez metros de él. Llegaba a través de una alta puertaventana, completamente abierta, que daba al jardín. El hermoso rayo estaba suspenso en el aire, y caía desde el techo al suelo, como si fuera una cortina de seda en la que resplandecían miles y miles de joyas.

Sin advertir lo pequeño de su cuerpo, contempló esta maravilla durante un minuto, mientras un ancho arroyo de agüilla le goteaba de la boca sobre el babero atado bajo su

cuello. Luego, la codicia de aquel objeto le produjo un estertor en la garganta. Alargó su mano derecha para alcanzar la resplandeciente belleza. Cuando cerró con vehemencia los pequeños dedos, estos no cogieron sino el aire vacío. Perdió el equilibrio y después cayó de costado.

Sin embargo, el repentino impacto contra el duro suelo no le produjo ahora ganas de gritar. Sentía tanto arrebato al contemplar la cortina de joyas, con los grandes ojos abiertos, que no prestó ninguna atención al dolor. Se quedó así frente al prodigio, hasta que se fortaleció tanto su deseo que ya lo único que quería era satisfacerlo. Empezó a codiciar, con cuerpo y alma, asir firmemente la belleza aquella. Se levantó él solo sobre sus manos y rodillas, con un gran esfuerzo de voluntad y energías. Sacó duramente la mandíbula inferior y avanzó con vehemencia hacia la cortina de luz.

Nunca antes había probado a gatear. Fue por eso que al punto sintió un intensísimo dolor en las extremidades. Su corazón empezó a latir aceleradamente. El desacostumbrado ejercicio le hizo marearse. No había dado ni unos dos pasos cuando sus brazos no pudieron soportar ya más el peso de su cuerpo. Cayó de bruces sobre el estómago.

Se le ocurrió que era el momento de dar otro grito para pedir auxilio. Abrió la boca, pero ningún sonido salió de su garganta. Su deseo era más fuerte que su aflicción. Extendió las manos, agarró firmemente la alfombra y tiró de su cuerpo hacia adelante otro gran trecho, acercándose a la cortina milagrosa. Después se concedió un descanso durante un rato, hasta que el afán volvió a atacar y sintió la necesidad de alzarse del suelo para seguir gateando.

Avanzó cuatro pasos en este intento, de una sola y descomunal acometida. Cuando cayó, se había quedado completamente sin aliento. Sus brazos y sus piernas se estremecían de dolor. Después de esto le dio igual el dolor y la pequeña amenaza temerosa que se estaba apoderando de

su mente, diciéndole que abandonara este viaje peligroso y llamara a su madre. La maravilla resplandeciente ya solo estaba a tres pasos de él, poniendo magia ante sus ojos con su divina belleza. Volvió a levantarse, apurando las pocas fuerzas que le quedaban en un último intento. Y avanzó, palmo a palmo, sin respiro, hasta que llegó al lugar sobre el que creía que colgaba la hermosa cortina.

¡Ay! Cuando quiso tocar la luz resplandeciente, sus ojos vieron atónitos que no había nada flotando en el aire. Ya nunca más se supo de la rutilante cortina que lo sedujo con la belleza de sus joyas. Era la luz tan fuerte que tenía que guiñar los ojos para ver, con el corazón roto, buscando aquí y allá la belleza que había perdido. Entonces vio la ventana abierta que daba sobre el jardín. Cuando miró a través de ella, su corazón se le heló, estupefacto ante la terrible magnitud del mundo exterior.

Lejos y más lejos se extendía la superficie del mundo ilimitado, más allá del florido jardín: abajo, a través de un gran valle profundo cubierto de árboles; arriba, sobre altas montañas cuyos picos azules se unían a la poderosa cubierta del cielo, y una gran joya resplandecía allí arriba, como si fuese un ojo de Dios.

Se quedó traspuesto unos instantes, atemorizado, contemplando esta nueva maravilla que escapaba a su comprensión. Después cerró los ojos, protegiéndose de la luz del sol. Con la oscuridad, la amenaza del temor volvió a apoderarse de su mente. Pero ahora le prestó atención y se desvaneció su deseo. Ya sí que notaba los dolores que atormentaban su cuerpo. Se dio cuenta de que había andado un gran camino hasta este lugar en el que se hallaba solo. Entonces empezó a llenarse de terror, abrió la boca y se puso a chillar.

Su madre dejó caer el libro y corrió apresuradamente hacia él. Lo cogió en sus brazos y lo besó con cariño. Él estuvo dando alaridos mientras lo llevaba a la silla, y no

se calmó hasta que ella se sentó poniéndolo en su regazo. Cuando empezó a tararear una canción en voz baja al mismo tiempo que lo mecía suavemente, desapareció el miedo y se quedó callado. Entonces, la madre recogió el sonajero del suelo y lo agitó ante él. Una risita asomó a su boca, y tomó el instrumento con sus dos manos. Y empezó a agitarlo.

Aquí, junto al vientre en el que halló el ser, se hallaba ajeno al dolor y a los peligros de la vida. Ahora lo hechizaba la melodiosa voz de su madre; pero ahora se trataba de una seducción silenciosa y placentera. Desapareció completamente de su memoria el recuerdo del daño soportado mientras realizaba su gran expedición a la puerta del mundo. Se sosegó y le inundó la pereza. Estiró largamente las piernas, dio un prolongado suspiro y se apretó contra el cuerpo cálido y acogedor de su madre. Y empezó a soñar con sus grandes ojos azules abiertos de par en par.

Vio otra vez la cortina resplandeciente, y sintió la alegría que el baile de las joyas trajo a su corazón. Vio la formidable magnitud del mundo que se extendía fuera de la ventana, más allá del jardín florido y del gran valle con sus árboles, hasta las cumbres azules de las colinas. Vio el ojo deslumbrante de Dios estallando arriba en la vastedad del cielo. Cuando finalmente cerró los ojos, al quedar dormido, lo sacudió el deseo de partir del vientre materno a otro viaje, a través del mundo que había tras la cortina resplandeciente, etapa tras etapa, hasta el final de su vida corpórea, cumpliendo el deber de la raza humana, con miedo, pesar y alegría, por jardines floridos y valles remotos, hasta las cimas de las montañas en el extremo del cielo y aún más arriba, hasta encontrarse ante el ojo de Dios.

EL HALCÓN

Se elevó sobre el borde del acantilado, volando con veloz vehemencia, y se internó en las más elevadas alturas del cielo, dando vueltas y vueltas alrededor de una larga meseta, hasta que notó que las brumosas regiones bajas de las nubes le helaban y mojaban el lomo. Después bajó directamente en picado a tierra.

Aunque ahora no daba sino algún ocasional batir de alas, sin propósito, dejándose caer perezosamente para aprovechar las corrientes de aire, suspenso en el techo del mundo, el ímpetu y la gula mortal del halcón lucían en sus ojos amarillos; estos observaban con atención la resplandeciente superficie de la tierra que se extendía bajo el vientre vacío del cielo, sin que ni siquiera lo más mínimo se pudiera ocultar a su vista terrible.

Brilló el sol un momento sobre su lomo cuando pasaba entre dos nubes, a través de la claridad del aire. De nuevo no hubo sino una humedad invisible que se movía sin hacer ruido entre la bruma, un hermoso pájaro mortífero, sin piedad ni miedo en su corazón, que buscaba una presa en el magnífico amanecer.

Se sobresaltó de repente y, cuando vio una alondra que venía hacia él más abajo desde un verde prado, con el rocío resplandeciendo sobre el lomo del ave canora bajo la luz transparente, se puso en movimiento en el mismo instante en que posó su vista sobre la presa. Reunió toda la

fuerza de la que fue capaz, y directamente sobre la alondra, que se fue. Entonces empezó a dar vueltas lentamente, sin agitar las alas desplegadas y con los ojos hinchados de deseo. Su piel temblaba bajo el denso plumaje, como un perro que vigila una madriguera.

La alondra ascendió torpemente al principio, sin emitir más sonido que un trino esporádico, sin ritmo y entrecortado. Después empezó a cantar hermosamente, a plena garganta, y se elevó en línea recta sin dificultad, como si el don de su voz la remontara en el firmamento. Ahora volaba como hacen las mariposas, con un ligero batir de alas. El cielo se llenó de su música.

El halcón esperó a que la alondra estuviera casi fuera de su alcance. Entonces apuntó sobre ella y descargó su fuerza. Se lanzó desde lo alto de las nubes como si fuera un meteorito. La música se interrumpió en su garganta cuando la otra vio que el halcón se aproximaba. Dejó escapar un grito y viró a un lado. No es exacto decir que tuvo la suficiente rapidez como para poder evitar el ataque letal. El golpe casi acaba con su vida. Encogió las alas y se dejó caer de cabeza, tratando de alcanzar el suelo, antes de que su enemigo le asestara un segundo golpe. Dejó un puñado de plumas arrancadas de su cola flotando tras ella en el aire.

Cuando el halcón vio que estuvo a punto de matarla en el primer intento, desplegó sus alas y las dispuso contra el viento para evitar su acometida. Entonces volvió a dar una vuelta sobre su presa, apuntó velozmente y descargó su fuerza. En esta ocasión no tuvo oportunidad la alondra de hacer nada para esquivar el golpe. Pereció en el mismo momento de ser golpeada. Se desplomó, con las alas inertes y la cabeza colgando del largo cuello y garganta, que solo unos breves instantes antes emitían una hermosa música.

Dejó el halcón que cayera la alondra, alrededor de la cual daba vueltas y más vueltas a una corta distancia, cer-

niéndose muy de cerca sobre ella, hasta que ambos tocaron tierra sobre un bancal de fina arena junto a un río. Allí el ave combativa se posó orgullosa sobre el pecho de la alondra muerta. Permaneció así detenida durante un rato, con los ojos casi cerrados, la lengua pendiendo obscena del pico y el corazón latiendo con fuerza bajo los negros barrotes de su costillar. Cuando hubo descansado, asió con las garras el cadáver y alzó el vuelo, y allí que se fue entonces hasta su nido, donde se hallaba empollando su pareja.

Habían anidado en un lugar majestuoso, en el interior de una mole amarillenta bajo la ladera protuberante de un gran precipicio, en un punto que estaba sobre una larga y estrecha ensenada. Se alzaba a tal altura sobre el mar que el rugido iracundo de las olas apenas era un quedo susurro cuando alcanzaba la cumbre. No se oía ningún otro ruido en aquella alta hendidura que se elevaba directamente sobre el agua; una losa caliza se había desmoronado encima de otra losa parecida, cuatrocientos pies más abajo. Dos meses antes, una gran multitud de pájaros habitaba en la ensenada; todo tipo de pájaros se podía ver anidando en la parte inferior de la pared del acantilado. Allí aterrizaron los dos jóvenes halcones, procedentes del este, para aparearse, urgidos por la voluptuosidad.

Aterrorizados, los pájaros del acantilado permanecieron observando la competición sexual de los halcones desde que alboreó hasta que el sol se halló en lo alto; estos hacían ataque tras ataque de amor por el aire encima de la ensenada; arrojándose juntos con fuerza desde las nubes hasta el borde del agua, y luego volviendo a subir simultáneamente en círculos; entrelazándose y moviéndose juntos; pechuga con pechuga y ala con ala; como si les vinculara un afecto. Al mediodía, vieron los espectadores cómo la hembra conducía al macho a una cueva, y los oyeron chillar cuando él iba a acoplarse con ella. Entonces supieron que las dos aves belicosas tenían intención de